

boda, de salir por unos dias á una casa de campo? lleva siempre contigo el pensamiento de la muerte, porque no hay remedio mas eficaz para desvanecer los mas peligrosos atractivos. Siempre que se rie, se representa una comedia; y si no, figúrate cómo estará esa persona tan jovial y tan risueña, en la hora de la muerte.

LA BEATA MARÍA ANA DE JESUS, VIRGEN.

Si en todos tiempos la imperial y heroica villa de Madrid ha sido feliz cuna de personas esclarecidas en santidad, armas y letras, apenas entre las que mas la han ilustrado se hallará una que pueda compararse con la beata María Ana de Jesus, honor inmortal de su sexo, virgen castisima, y teatro admirable de las operaciones mas portentosas de la gracia. Nació esta sierva de Dios en la referida villa en enero del año de 1565, y fué bautizada en la parroquia de Santiago en 21 del mismo mes y año. Sus padres Luis Navarro, Ladron de Guevara, y Juana Romero de Villalpando, aunque ilustres por la nobleza de su linaje, lo eran todavía mas por la piedad cristiana que resplandecia en sus obras. La frecuencia de sacramentos, la distribucion de copiosas limosnas, la visita de hospitales y otros ejercicios igualmente caritativos, fueron los medios de que se valieron para alcanzar de Dios el fruto de bendicion con que los enriqueció, y para manifestarle por él su agradecimiento. Desde los primeros años se dejaron ver en esta santa indicios nada equivocos de su futura santidad: jamás se la vió llorar ni incomodarse, cosa tan natural en los niños, y que es como la primera señal de la corrupcion de nuestra naturaleza; el alimento lo tomaba escaso, como si ay

desde entonces empezase á ayunar; y en la dulzura y apacibilidad de su rostro, que era hermosisimo, indicaba bien la alegría y tranquilidad de su alma. A estas felices señales se juntaron otras no menos admirables que seguras, por las cuales se denotaban mas claramente las propensiones del corazon.

Si la llevaban á la iglesia, la veian transportarse de gozo al tiempo de la elevacion de la sagrada hostia; y sus inocentes ojos se fijaban con tanta intension en las imágenes de Jesus y de María, que desde luego se echó de ver la gran devocion que habia de tener á la Madre de Dios, y cuan de cerca habia de seguir las huellas dolorosas de su Hijo crucificado. Al paso que iba creciendo, se iban verificando con mayor claridad y extension los anuncios de su santidad. Apenas tenia cumplidos los cuatro años, cuando ya se admiraban en esta santa niña los ejercicios de la virtud mas sólida, en lugar de aquellos entretenimientos pueriles que suelen divertir y á veces corromper los primeros años. Miraba á los pobres con ojos compasivos; y acreditando con las obras la ternura de su corazon, distribuia entre ellos, no solamente la comida que sus padres la daban, sino cuanto podia allegar á sus manos. A los enfermos de su casa los alentaba con dulcissimas palabras á sufrir con paciencia los dolores; y cuando en compañía de su madre visitaba á los de fuera, su modestia y compostura producian el mismo efecto. Todo esto era causado del recogimiento y de la oracion que en aquella tierna edad hacia la santa niña; porque retirándose á los sitios mas apartados de su casa, la veian frecuentemente de rodillas delante de alguna imagen de Cristo crucificado, unas veces bañado el rostro en lágrimas, y otras cercado de resplandores, tan suspensa y anegada, que parecia estar privada de sus sentidos. Como Dios era su maestro, segun afirma la santa en

sus escritos, aprovechó tanto en la escuela del espíritu, que aun antes de llegar á los siete años experimentaba ya aquellas ilustraciones, visiones y regalos que suelen ser el fruto de muchos años de contemplacion, de fervor y de penitencia. El soberano Padre de las luces se la manifestaba con tanta claridad, y la daba una inteligencia tan perfecta de los mas sublimes misterios, especialmente del de la Trinidad, Encarnacion, y presencia real de Jesucristo en la Eucaristía, que la evidencia del conocimiento dejaba poco lugar á la oscuridad de la fe.

Tuvo diferentes apariciones de Jesucristo, de su Madre santísima y del ángel custodio, en las cuales, además de las altísimas verdades que la enseñaban, llenaban su corazon de mefables dulzuras, aficionándole al amor del Esposo de las vírgenes, y amaestrándola en la contemplacion de la bondad infinita. De tan soberanas instrucciones nacia un desprecio total de las cosas perecederas, y un amor y deseos fervorosos de las eternas y divinas. Así toda su conversacion era de Dios, todas sus obras encaminadas al provecho y santificacion de sus prójimos, y todos sus deseos acrecentar mas y mas aquella caridad flagrantísima que abrasaba su corazon. Este no podia contener en sí la grandeza y muchedumbre de afectos que producía la caridad; y así se derramaba, procurando introducirlos en las almas de sus hermanas y familiares de su casa, con dulces y eficaces razonamientos. Estos eran sumamente devotos, singularmente cuando precedian á alguna fiesta de precepto, á algun día de jubileo, ó solemnidad de María santísima. Entonces sus palabras tenian mas unción y viveza, y lograban felizmente el efecto de disponer sus almas al cumplimiento del precepto, y á las obras piadosas que estaban mandadas para ganar el jubileo. A esto se llegaba una discrecion y dulzura para reprender

las faltas que advertía, que lograba corregir sin exasperar, evitando los defectos de un zelo arrebatado.

Adelantada María Ana tan prodigiosamente en la virtud, deseaba participar de aquellas gracias que la Iglesia no concedía todavía á sus tiernos años. Tal era la participacion de la sagrada Eucaristía, á cuya vista se exhalaba su alma en encendidos deseos. Avivábanse estos con el ejemplo de su piadosa madre que frecuentaba los sacramentos con ternura y devocion, llevando siempre consigo á su querida hija, para que en su tierna alma se fijasen mas profundamente el amor y reverencia á la religion y á sus misterios. Pero la santa niña, no pudiendo sufrir ya mas dilaciones, y sintiendo en su espíritu una santa hambre del divino manjar, solicitó con lágrimas y ruegos que la hiciesen participante de la divina comunión. Sus padres oyeron con regocijo estas santas pretensiones, comunicaronlas al párroco, y tomando este á su cargo examinar el talento y disposiciones de la niña, descubrió en ella un conocimiento tan claro de los divinos misterios, una virtud tan perfecta y un espíritu tan elevado, que fácilmente condescendió con sus deseos. Preparóse María Ana á la primera comunión con ejercicios sumamente fervorosos, y transformada en un ángel, se llegó á gustar la comida de los ángeles con singular consuelo de su alma. Quedó anegada en celestial dulzura, y tanto que de allí en adelante ella misma estimuló á su madre á la frecuencia de sacramentos. Las consolaciones interiores que el padre de las misericordias le concedía, eran tales, que á un tiempo avivaban en ella el deseo de recibir la Eucaristía, y la colmaban de complacencias y dulzuras.

Hasta los once años la beata María Ana siguió disfrutando estas delicias, y gozando de una vida la mas tranquila y regala la que se pueda imaginar. Pero

Jesucristo, que hecho Esposo de sangre, como dice la Escritura, quiere que sus elegidos le sigan por el camino de los trabajos, dispuso que María Ana entrase en esta penosa carrera. El primer golpe con que afligió su tierno corazón, fué la muerte de su madre, á quien se llevó para sí para darla el premio de sus grandes virtudes. Esta pérdida fué para la santa niña sumamente dolorosa, porque en su madre tenia una maestra de piedad, y una compañera en los devotos ejercicios. Conociendo que nada se hace en este mundo que no esté sujeto á las sabias leyes de la divina Providencia, y que el buen cristiano debe recibir de la mano de Dios los bienes y los males con igual semblante, se resignó humilde á su divina voluntad, llevó con paciencia la dolorosa separación de su madre, y con ayunos, penitencias y sufragios manifestó el amor que la tenia. A este golpe se siguieron otros todavía mas amargos. Su padre se casó en breve, dando á María Ana una madrastra dura de condición, que la maltrataba de palabra y con obras; y habiendo tenido dos hijas, con el amor natural á estas, creció la aversión que tenia á aquella. Su padre, deseando quitar á su mujer un motivo de desazon y de continuas rencillas, determinó casarla; y para este efecto la hacia usar de las galas con que suelen adornarse las doncellas. Este fué un nuevo tormento para María Ana, que aborrecia todo aquello que no se dirigiese á agradar á su divino Esposo; pero condescendiendo con la voluntad de su padre, se adornó con modestia cristiana, esperando que el Señor dispondría las cosas de modo que se encaminasen á su mayor servicio. Lo que la santa pasaba en este tiempo, lo dice ella misma, y son dignas de copiarse sus palabras:

« Continua y ordinariamente, dice, era Dios mi maestro, ilustrando mi entendimiento, y dando á conocer á mi alma de una manera clara y evidente

su gran bondad y aquel paternal amor con que nos ama, apartando siempre mi corazón de todo mal, é inclinándome á todo bien, entresacándome de las malezas y peligros con que de ordinario la naturaleza suele distraer y llevar tras sí; pues aunque como las demás tuve mis cabezadas y sueñecillos en orden al adorno y compostura, que algunas doncellas acostumbraban usar por parecer bien, siempre quiso nuestro Señor por su infinita bondad y misericordia que me mirase en el espejo de la castidad, y que mi tocado y vestido fuese muy honesto, estando siempre muy cubierta y recatada, y por consiguiente encerrada y recogida en casa, huyendo lo que me podia arrastrar á la vanidad. Porque mi continuo maestro y señor Dios siempre me incitaba al bien, y, como tengo dicho, me apartaba del mal; y en particular en las noches, cuando me recogía, me hallaba muchas veces amonestada del Señor, que preguntaba á mi alma, y la tomaba cuenta, é interiormente la decía: ¿para quién se habia adornado y ataviado? dándola juntamente á entender el desengaño y vanidad de las cosas de la vida. ¡Y con qué profundidad y luz me lo daba su Magestad á conocer! »

Entre tanto su padre y su madrastra multiplicaban las instancias y diligencias para que María Ana abrazase el estado del matrimonio. Las prendas estimables de honestidad, mansedumbre y hermosura de que estaba adornada, la proporcionaron fácilmente un esposo en quien concurrían las mas ventajosas cualidades, y esto mismo daba calor á los deseos de su padre. La santa, que por una parte conocia y respetaba los derechos paternos en orden á la elección de estado, y por otra miraba el matrimonio con repugnancia, se hallaba combatida por diferentes afectos. No sabia con certeza cuál fuese la voluntad de Dios en aquel punto; y como sola esta era la regla de sus

acciones, multiplicó los ayunos, las penitencias y la oracion, como seguros medios de investigarla. Postrábase en su secreto oratorio delante de una imagen de Cristo crucificado; y allí con suspiros fervorosos, lágrimas y gemidos que la salian del corazon, pedia á Dios que se dignase manifestarla cuáles eran los designios de su sabiduría para seguirlos, aunque fuese á costa de su misma vida.

Por este tiempo oyó la santa por casualidad un sermón que predicó el venerable padre fray Antonio del Espiritu Santo, del orden de San Francisco, residente á la sazón en el convento de San Bernardino, el cual dirigió por muchos años su espíritu. En aquel discurso ponderó el varón apostólico las excelencias y prerogativas de la virginidad, pintándola tan amable, que la sierva de Dios llegó á conocer que su divina Majestad la manifestaba de aquel modo su voluntad santísima. Consultólo con aquel santo religioso, y convencida de que Dios la quería para que aumentase el coro de las virgenes, hizo, de acuerdo con su confesor, voto de perpetua virginidad en la iglesia parroquial de San Miguel de Madrid. Determinó, no obstante, disimular esta resolución á su padre, respondiendo con una santa prudencia á sus continuas instancias; pero este propósito no pudo ocultarse por mucho tiempo. Trajéronla unas dádivas y joyas preciosas que la regalaba el que estaba elegido para esposo suyo. Un corazon menos cimentado en la virtud, se hubiera dejado seducir de unas prendas que tienen un atractivo casi insuperable para la mayor parte de las mujeres. La beata María Ana las miró con desprecio; y considerando que no era ya justo entretener por mas tiempo las esperanzas de aquel jóven, ni permitir que viviese engañado su padre, declaró á este que tenia hecho voto de virginidad, y que serian inútiles todos sus esfuerzos para hacerla mudar un pensamiento que

estaba cierta se lo habia inspirado el mismo Dios. Esta declaracion, que se difundió entre la madrastra y los parientes, fué como una porcion de materias combustibles echadas á un voraz incendio. Aumentóse la persecucion, crecieron los malos tratamientos de la madrastra, multiplicáronse los combates y porfiadas diligencias de los parientes que por bien ó por mal querian apartarla del voto que habia hecho. Su padre, presumiendo que el abatimiento y desprecio doblarian la firmeza de su corazon, despidió de su casa á la criada, y mandó que sirviese aquel oficio su hija. Con este motivo la obligaba la madrastra á ejercer siempre los oficios mas bajos y penosos, no dándose por satisfecha y contenta de nada de lo que la santa hacia. Por cualquiera cosa la trataba mal de palabras, la daba de palos y ejercía contra ella las mayores inhumanidades. Privábala de la comida, la encerraba en un cuarto oscuro, sin desistir jamás de la pretension de que contrajese matrimonio.

Era Maria Ana de gentil disposicion de cuerpo y de semblante hermoso, realzando su hermosura una espesa madeja de dorados cabellos, que contribuian no poco á enardecer el amor en el jóven que la deseaba por esposa. Un dia, pues, determinó quitar este incentivo á su pasión, y tomando unas tijeras, se cortó el hermoso cabello. No es posible explicar cuál fué la cólera del padre y de la madrastra, cuando la vieron afeada de esta manera: llenáronla de injurias, maltratáronla á golpes, colmáronla de dictérios y de execraciones, y todo esto disimulado con la capa de zelo, de piedad y de paternal obediencia. Pero la santa se mantuvo en esta y otras semejantes tribulaciones con una calma y una paz imperturbable, considerándose dichosa en padecer por Jesucristo, quien la fortalecia y consolaba con frecuentes visiones espirituales, y satisfecho por último de la fidelidad de

su esposa, pasados algunos años de pruebas, hizo cesar la tormenta. Conocieron todos que era empeño vano resistir á los designios de Dios. Ilustrados el padre y la madrastra con soberanas luces, vieron en María Ana, no ya una hija rebelde á sus preceptos, sino una doncella escogida por Dios para hacer ostentacion en ella de las maravillas de su gracia; y así, venerando de allí en adelante á la que hasta entonces habian perseguido y ultrajado, la dejaron vivir tranquila en sus santos ejercicios.

Viéndose la sierva de Dios en una paz tan dulce y apetecible, como antes era cruel la guerra en que se hallaba, soltó las riendas á su fervoroso espíritu, no deseando emplearse en otra cosa que en los ejercicios piadosos. Era poco proporcionada para esto la casa de sus padres: conocia además que estos no se hallarian mal con su ausencia; y tanto por lo uno como por lo otro determinó hacerse religiosa. Aunque las diligencias que practicó en todos los conventos de Madrid, fueron exquisitas, no consiguió el fin deseado. Afligiase María Ana viendo frustrados sus deseos, y pudo tanto en ella el anhelo de vivir entre vírgenes, que abrigó en su corazón un arriesgado proyecto. Determinó salir de su casa sola é ir á Ocaña, en donde habia oído decir habia conventos en que serian sus esperanzas cumplidas. Sola, determinada, sin confiar á nadie su secreto, sale de noche de la casa de sus padres, á pié, sin provision para el camino, pero con una grande confianza en el Dios que no desampara á los que en él confían. Pocas leguas habia andado cuando se presentaron bajo un solo punto de vista todos los peligros á que iba expuesta una jóven, con diez y nueve años de edad, sin otra compañía que los atractivos de la naturaleza. Esta consideracion causó en ella tal espanto, que se volvió á la casa de sus padres, en donde en una vision admirable la dió el

Señor á entender, por medio de su Madre santísima, que vendria tiempo en que se cumpliesen sus deseos. Entre tanto vivia en su casa con el mismo recogimiento y abstraccion de espíritu que pudiera tener en el convento mas retirado. Creció nuevamente el impulso con que su corazón caminaba hácia Dios, doblando los ejercicios de humildad, de caridad, de mortificacion, y generalmente de todas las virtudes. Instruia en ellas con soberano magisterio á dos hermanitas suyas, diciéndolas que huyesen del mundo, y de sus pompas y vanidades, que despreciasen los atractivos del amor terreno, y se ejercitasen en la contemplacion de los divinos misterios. Con tal enseñanza salieron las niñas muy aventajadas en la virtud, y María Ana hallaba ocupacion proporcionada al fervor de su espíritu.

Dos años disfrutó la sierva de Dios de tranquilidad y reposo, gozando en él las verdaderas delicias de la vida espiritual; pero Dios, que la habia visto pelear con tanto denuedo y vencer, permitió que entrase en otra nueva guerra, tanto mas temible, cuanto los enemigos estaban mas cercanos á ella llevándolos dentro de si misma. Comenzó á padecer unas vehementísimas tentaciones contra la castidad, que el comun enemigo procuraba esforzar con las imágenes mas torpes y una viva representacion de los objetos mas lascivos. Estas ideas la perseguian en la lectura, en la meditacion, en el trabajo corporal, en todos los ejercicios piadosos en que de ordinario se empleaba. Acongojábase su espíritu, lloraba, gemia, reudia á Dios en la oracion; la tentacion era cada vez mas vehemente y obstinada. Recurrió á los ejercicios de penitencia; dobló las mortificaciones; vistióse á la raiz de las carnes un áspero cilicio; dormia desnuda sobre unos grandes manojos de zarzas y cambrones; llenaba de piedrezuelas los zapatos que la oprimian

los piés; ceñía su cabeza con una corona de punzantes espinas, y llevaba otra en el pecho, la cual dice la santa que la parecía un ramillete de flores: ninguna maceracion, ningun género de aspereza habia que no discurriese para domar la carne y vencer los estímulos de la concupiscencia. Logrólo al fin, despues de once años de porfiados combates, en que el tentador quedó confuso, y su virginidad mas pura y acrisolada.

Parece que despues de una lucha tan larga y obstinada la habia de conceder Dios el gusto de gozar en paz el fruto de sus victorias; pero no fué así, porque algunos falsos zelosos movieron en su padre unos vanos temores de que la virtud de su hija pudiese ser alguna ilusion del demonio, en la cual tuviese que entender el tribunal de la fe. A la sazón se hablaba mucho de los justos castigos que este tribunal habia ejecutado en Agustin Cazalla y otras personas tenidas por virtuosas, pero que en realidad no eran sino unos visionarios, hipócritas, supersticiosos y blasfemos. Con este motivo se exacerbó tanto el espíritu del padre, vanamente temeroso, que comenzó á perseguir á la santa con mas cruejidad que al principio. Porque no solamente la maltrataba, sino que la impedía sus devotos ejercicios, y ni aun la permitia retirarse para trabajar en un aposentillo, obligándola á hacerlo en compañía. Sufrió la santa este trabajo con invencible fortaleza, ayudada de los saludables consejos de su maestro espiritual. Pero la elevacion de espíritu de Maria Ana era superior á las luces de aquel venerable padre, que aunque muy docto y muy versado en materias de espíritu, no se juzgó con el caudal necesario para dirigirla. Receló además de esto que en aquellas grandes operaciones podria haber alguna ilusion que él no entendia; y así, un dia que fué á confesarse, la despidió para siempre. La humilde Maria Ana besó la tierra, pidióle su bendicion y sus oraciones, y mo-

vida de un superior impulso, se fué al convento de la Merced, en donde encontró al venerable padre fray Juan Baulista del Santísimo Sacramento. Este piadoso varon, que algunos años despues fué fundador de los mercenarios descalzos, tomó á su cargo la direccion de Maria Ana; y como los consejos del prudente confesor eran análogos á las inspiraciones del Espiritu Santo, en breve hizo la santa tales progresos en la virtud, que casi llegó al grado supremo de perfeccion.

Esta se aumentaba de dia en dia; porque sus padres mas tranquilizados ya en sus temores, la daban amplia libertad para que se ejercitase en todas las obras de piedad y de fervor. Dios aumentaba prodigiosamente los quilates de su espíritu, y con celestiales favores la ponía en disposicion de labrar mas perfectamente el carácter de esposa suya. No contenta Maria Ana con los trabajos y dolores que hasta entónces habia padecido, deseaba vivamente gustar en alguna manera los dolores que habia padecido Jesucristo en su pasion sacrosanta; y el Salvador se lo concedió de un modo maravilloso. Estaba la santa un dia contemplando en aquel paso acerbisimo de la pasion de Jesus, cuando este Señor, coronado de espinas y vestido de púrpura, fué presentado al pueblo, que en confusa griteria clamaba que le crucificasen. Con el fervor de la contemplacion se arrebató el espíritu, y la pareció que veía al Salvador en aquella forma dolorosa en que le habia considerado. Aprovechándose de la ocasion, tomó la corona del Señor con sus manos y se la puso sobre su cabeza. De resultas de esta vision sintió en sus sienes por todo el resto de su vida unos dolores tan intensos como si realmente la hubiesen taladrado la cabeza. A estas penas se añadieron varias enfermedades que padeció en todo aquel discurso de tiempo, hasta la edad de

treinta y tres años en que el Señor quiso que tuviesen fin los trabajos, y comenzasen los regalos y dulzuras. Estaba la santa en contemplacion, y la pareció ver al Redentor del mundo en un trono majestuoso y resplandeciente, y que con un semblante benigno la decia así: *Hija mia, ¿te holgarías de estar en mi cruz?* y que ella respondió: *¿Cuándo, amorosísimo Señor, dulce esposo y único dueño de mi corazón, mereci yo favor tan grande? Pero aunque me reconozco indigna de tanta dicha, abrazo la cruz con todo gusto y alegría, si así es vuestra voluntad.* En el mismo instante sintió en sus piés y en sus manos unos dolores acerbísimos, á que se siguió en su alma una suavísima uncion del Espíritu Santo, que la llenó de vigor y fuerzas sobrenaturales. A este inefable favor se siguió otro: este fué una tranquilidad de ánimo y un sosiego tal en las pasiones, que de allí en adelante ni sintió mas las sugestiones del demonio, ni la carne la mortificó mas con sus rebeldías, gozando de una paz tan apacible como si estuviera ya en la vida bienaventurada.

Por este tiempo, como su padre era criado del rey Felipe III, y este trasladó la corte á Valladolid, tuvo la santa que seguirle, conservando en todo lugar el mismo fervor de espíritu y santo tenor de vida que hasta allí habia guardado. Volvió á Madrid por los años de 1606, y aunque al principio vivió algun tiempo junto á Santa Catalina de los Donados, finalmente fué á establecer su habitacion cerca del convento de Santa Bárbara, que era el sitio adonde se habian encaminado siempre sus deseos. Habitó primeramente una pequeña casa allí cerca; pero habiendo sido echada con impropio, fabricó una pobre celdilla en un portal que la franquearon los religiosos. Todo el aparato de su pobre habitacion se reducía á dos sillas viejas, y á una estera que servia de asiento y

de alfombra á las muchas y grandes señoras que iban á visitarla. Tenia además sobre una mesa una devota imágen de Jesucristo, y una cruz grande en que oraba tendidos los brazos. Su cama se reducía á un coreho sobre que se recostaba, sirviéndola un madero de almohada. A estos ajuares se añadían los cilicios, disciplinas, rалlos, manojos de zarzas, y otras cosas semejantes, todas ellas teñidas de su sangre. En este sitio se juzgó María Ana como en una soledad en donde podia vivir á solas con su Esposo. Solamente la hacia compañía una mujer llamada Catalina de Cristo, cuyo mal humor ejercitó no poco la paciencia de la santa. El tenor de vida que emprendió en esta pobre celdilla, y conservó hasta la muerte, pone espanto no solamente á las personas delicadas, sino á las penitentes y fervorosas. La simple narracion de sus ocupaciones diarias basta para hacernos formar una idea de su grande santidad. Levantábase á las doce de la noche para la contemplacion de los divinos misterios, que duraba todo el tiempo que gastaban los religiosos en el oficio de maitines; reposaba un poco hasta las tres; á esta hora rezaba varias oraciones vocales, y permanecía en contemplacion hasta el amanecer; iba á la iglesia, en donde confesaba, y comulgaba, y oraba hasta el medio dia, á excepcion de algunos breves ratos que dedicaba á la consolacion de sus prójimos; volvía á su celda donde despues de tomar un alimento tan escaso que apenas bastaba para conservar la vida, se postraba en oracion delante de una cruz que tenia en el huerto; á las dos volvía á la iglesia, asistía á las visperas, y despues trabajaba para el bien de sus prójimos hasta las cinco, en que volvía á la oracion mental, y perseveraba en ella una hora entera; oía completas, y volviendo á su celda comenzaba de nuevo los ejercicios de oracion y penitencia hasta las nueve, en que principiaba

la leccion espiritual; esta duraba dos horas, y desde las once hasta las doce tomaba algun descanso para comenzar de nuevo su diario ejercicio.

Un género de vida tan penoso y tan espiritual, la elevó á un grado tan sublime de contemplacion, que en ella padecia aquellos dulcísimos deliquios y raptos con que el divino Esposo regala á las almas que se le entregan totalmente y sin reserva. Todas las virtudes tomaron en ella un igual incremento: su fe igualaba á la de los mártires, de cuyo número deseó ser muchas veces; su esperanza jamás se debilitó ni en las persecuciones, ni en los trabajos, ni en la mayor miseria; pero sobre todo se adelantaba su ardentísima caridad, en la cual se cifran todas las virtudes. Amaba á Dios con tal ternura, que las veces que aconteció estar en peligro de muerte, miraba este duro trance con ojos amorosos, representándosele como un medio de unirse para siempre con su Dios. El amor la tenia atada á los templos, no sabiéndose apartar de donde tenia su tesoro; el amor la hacia mirar á sus prójimos como á hijos suyos, y cargar sobre sí respecto de ellos todas las obligaciones de una tierna madre. Por este motivo sufría con gusto las continuas visitas con que la molestaban gentes de todos estados y jerarquias, unos buscando consuelo en sus trabajos espirituales, y otros solicitando remedio temporal en sus infortunios. A uno y otro acudia pródicamente la santa virgen, y se puede decir con verdad que fueron tantas y tan cuantiosas las limosnas que se hicieron por su mano, como maravillosas y duraderas las conversiones que resultaron de sus santas amonestaciones, de su fervorosa oracion y de sus eficaces palabras.

Un conjunto de prendas tan admirables la granjeó una grande fama, no solamente en la corte, sino en otros muchos lugares de España, adonde penetró el olor

de sus virtudes. Príncipes, grandes, señores y señoras venian á visitarla en su pobre celdilla, se encomendaban á sus oraciones, y la hacian arbitra en los negocios mas árdulos é importantes. Por especial breve de Paulo V, se la concedió fabricar junto á su celda un pequeño oratorio, en el cual la decian misa, y administraban la santa comunión; no habiéndose desdeñado de servirla de capellan, entre otros personajes eclesiásticos, el señor don Gabriel Trejo Pan y Agua, cardenal de la santa Iglesia de Roma, obispo de Málaga, y presidente del consejo de Castilla. En medio de la comun estimacion y veneracion de todos, la santa no perdió nada de su humildad, igualando en ella el bajo concepto que tenia de si misma al desprecio con que miraba todas las honras mundanas, segun lo acreditó en la ocasion siguiente. Salió un dia á paseo hácia la Fuente Castellana la reina Margarita. Deseosa de consolarse con la santa conversacion y compañía de la sierva de Dios, la envió á llamar para que la acompañase en el paseo. Recibió la santa el recado; pero contemplando que de aquella honra la podria resultar alguna ocasion de vanidad, mandó decir á la reina que para encomendar á Dios á S. M. mejor estaba en su celda. Esta respuesta fué muy del agrado de aquella reina católica, y la confirmó en la opinion de santa en que tenia á Maria Ana. Mas con todas estas virtudes no estaba todavía contento su corazon, mientras no se viese contada entre las hijas del grande patriarca san Pedro Nolasco, haciéndose religiosa como antes habia apetecido: estos deseos los vió cumplidos el dia 20 de mayo de 1614, tercer dia de Pascua del Espiritu Santo, en que hizo solemne profesion en manos del Maestro general de los mercenarios.

Ya no la quedaba á esta sierva de Dios cosa que apetecer en esta vida. Sus virtudes habian llegado

al mas sublime grado de perfeccion. Jesucristo la regalaba frecuentemente con admirables raptos en que la daba á probar el inefable tesoro de sus divinas dulzuras, principalmente cuando contemplaba en el sacramento de la Eucaristía, en la pasion de Jesucristo y en las gracias de su santísima Madre, de quien fué muy devota. Además estaba singularmente adornada con todos los dones del Espíritu Santo, particularmente con el don de milagros y de profecía, en que fué portentosa y admirable. Dispuesta esta bendita Esposa de Jesucristo con todos los adornos y atavíos de la gracia, se hallaba pronta para ir á las bodas eternas. En efecto, el jueves 11 de abril de 1624, la acometió un terrible dolor de costado, que á pocos dias le quitó la vida. En el discurso de esta enfermedad recibió algunas veces la sagrada comunión, con cuya medicina se templaban los dolores de su mortal dolencia. Luego que se divulgó en la corte el peligro en que estaba, concurrieron á visitarla los grandes de España, señores y señoras de la primera nobleza, para tener el consuelo de recibir su bendicion y oír sus últimas palabras. Hasta la católica reina doña Isabel de Borbon envió á doña Juana Zapata para que en su nombre la hiciese una visita y la pidiese su bendicion. Finalmente, habiendo recibido los santos sacramentos con gran devocion y ternura, y exhortado á todos los concurrentes al amor de Dios y del prójimo, arrojando al pecho un crucifijo que tenia en la mano, quedó transportada en sus brazos en un deliquio amoroso, que tal fué para ella la muerte. Sucedió esta el miércoles 17 de abril del año referido, siendo la sierva de Dios de edad de cincuenta y nueve años. Su rostro quedó hermosísimo, los ojos entreabiertos, la boca risueña, rosadas las mejillas, y toda ella manifestando la gloria de que ya gozaba. Difundióse un suavísimo olor por todo el convento,

y un triste llanto en el pueblo cristiano, que lloraba á su madre, á su maestra, á su protectora y á todo su consuelo.

El dia siguiente presentaron su sagrado cadáver en un túmulo magnifico, que se construyó en medio de la capilla mayor de la iglesia de Santa Bárbara. El concurso de gentes de toda clase y condicion que acudieron á venerarla, fué incalculable: unos tocaban medallas, otros rosarios y coronas; y Dios premió la fe de todos con algunos prodigios que acreditaron la santidad de su sierva. El mayor de todos fué, que habiendo concurrido el sábado siguiente infinitas personas á ver el cadáver de la santa virgen, y hallado que ya le habian enterrado, súbitamente se apoderó del corazon de todas un dolor de sus pecados que manifestaron ser verdadero, confesando y comulgando en aquella iglesia. El papa Clemente XIII, habiéndose formado antes el proceso, segun costumbre, declaró haber tenido la beata María Ana las virtudes teologales y cardinales en grado heroico. Este decreto se dió el dia 9 de agosto de 1761, y en el dia 18 de enero de 1783 nuestro santísimo padre Pio VI decretó que todos los fieles cristianos pudiesen dar culto público á la venerable sierva de Dios María Ana de Jesus como á bienaventurada (1).

MARTIROLOGIO ROMANO.

En Roma, san Aniceto, papa y mártir, que recibió la palma del martirio en la persecucion de Marco Aurelio Antonino y Lucio Vero.

En Africa, el tránsito de san Mapalico, que obtuvo la corona del martirio en compañía de otros muchos,

(1) En el año de 1813, de órden del rey don Fernando VII, estuvo expuesto su cadáver en la iglesia parroquial de Santiago, habiendo sido inmenso el pueblo que concurrió á verle.